

CAPÍTULO XVI.

EL ARTE DE VIVIR.

A ningún hombre toméis por gentil, en ningún tiempo, á causa de su linaje. Aunque no haya nacido de alta alcurnia, es gentil si se comporta como lo hace un caballero.

CHAUCER.

Cada uno es hijo de sus obras.

CERVANTES.

Sirve á una noble disposición, aunque sea pobre; llegará día en que te pagará.

JORGES HERBERT.

Aunque los hombres son acusados de que no conocen sus propias debilidades, existen tal vez muy pocos que conozcan su propia fuerza. Ocurre lo mismo con los hombres que con la tierra, en la que alguna vez existe un filón de oro, del cual no tiene conocimiento el propietario.

SWIFT.

Que no destruya el contento de mi espíritu aquello que no pueda conseguir.

CIBBER.

El arte de vivir merece un lugar entre las bellas artes.

Lo mismo que la literatura, puede ser colocada entre las humanidades. Es el arte de hacer lo más ventajoso á los medios de vivir, de sacar el mayor provecho de todo. Es el arte de sacar de la vida su mayor fruición, y por medio de ello, alcanzar sus más altos resultados.

Para vivir feliz se requiere el ejercicio de no poca proporción de arte. Lo mismo que la poesía y la pintura, procede princi-

palmente de la naturaleza, pero todos pueden cultivar y desarrollar el arte de vivir. Puede ser enseñado por los padres y los preceptores, y perfeccionado por la cultura propia. No puede existir sin la inteligencia.

La felicidad, no es como una joya grande y bella, tan poco común y rara, que se la busca en vano, y sin esperanza es todo esfuerzo para lograrla, sino que consiste de una serie de alhajas pequeñas y más comunes, agrupadas y montadas juntas, formando un conjunto agradable y gracioso. La felicidad consiste en el goce de pequeños placeres, esparcidos en el sendero común de la vida, los que solemos no ver en la afanosa busca de algún goce grande y estimulador. Encuéntrase placer en el cumplimiento de los deberes comunes, llenados fiel y honrosamente.

El arte de vivir tiene abundantes ejemplos en la vida actual. Tomad dos hombres de iguales recursos, uno de los cuales conozca el arte de vivir y el otro no. El uno tiene la mirada que ve y el espíritu inteligente. La naturaleza es siempre nueva para él, y está llena de belleza. Puede vivir en el presente, repasar el pasado, ó anticipar la gloria de lo futuro. La vida tiene para él un sentido profundo y requiere el cumplimiento de deberes que son satisfactorios para su conciencia, y por lo tanto gratos. Progresión moral é intelectualmente, obra sobre su época, ayuda á elevar las clases oprimidas, y es activo para toda buena obra. Nunca está cansada su mano, nunca está su espíritu fatigado. Pasa alegremente á través de la vida, ayudando á otros á que la disfruten. La inteligencia siempre dilatándose, le da diariamente nuevos conocimientos de los hombres y de las cosas. Entrega su vida llena de honra y de bendiciones, y su mayor monumento son los hechos buenos que ha ejecutado, y el ejemplo benéfico que ha dado á sus semejantes.

El otro tiene relativamente poco placer en la vida. Apenas ha llegado á la virilidad, cuando ya ha agotado sus goces. El dinero ha hecho por él todo lo que podía. Siente, con todo, que la vida es vacía y triste. Los viajes no le causan bien alguno; porque para él no tiene sentido la historia. Sólo tiene vida para

las imposiciones de los hosteleros y mayores, y los desagradados de viajar días enteros por entre las montañas, campesinos y ovejas, apretado en un carruaje. Las galerías de pinturas son para él una majadería, y va á verlas puramente porque otras personas lo hacen. Estos placeres le cansan muy luego, y está hastiado. Cuando llega á viejo, habiendo recorrido las disipaciones del buen tono, y que ya nada le queda que saborear, se convierte la vida en una mascarada, en la que sólo ve bribones, hipócritas y aduladores. Aunque no goza de la vida, está aterrizado, sin embargo, con la idea de dejarla. Cae entonces el telón. Con toda su riqueza, la vida ha sido para él un fracaso, porque no ha conocido el arte de vivir, sin el cual no se puede disfrutar de la existencia.

No es la riqueza la que da el verdadero sabor á la vida, sino la reflexión, el aprecio, el gusto, la cultura. Sobre todo, son indispensables la mirada que ve y el corazón que siente. Con éstos puede ser dichosa la suerte más humilde. El trabajo y la faena penosa pueden asociarse con los pensamientos más elevados y los gustos más puros. La suerte del trabajo puede ser elevada y ennoblecida de ese modo. Montaigne observa que: "la filosofía moral es tan aplicable á una vida vulgar y privada como á las más espléndidas. Los hombres llevan dentro de sí toda la forma de la condición humana".

Hasta en la comodidad material es un verdadero economista el buen gusto, como así mismo un encarecedor del gozo. Apenas habréis pasado el umbral de la casa de vuestro amigo, cuando ya podéis observar si preside ó no el buen gusto. Hay un aire de limpieza, orden, arreglo, gracia y elegancia, que produce una sensación de placer, aunque no podáis definir ó explicar como es. Hay una flor en la ventana, ó un cuadro contra la pared, que indican el hogar del buen gusto. Un pajarillo canta en el marco de la ventana, los libros están esparcidos, y el ajuar, aunque común, es limpio, conveniente, y puede ser hasta elegante.

El arte de vivir se extiende á todo el régimen y gobierno de una casa. Escoge alimentos sanos, y los prepara con su gusto.

No hay profusión; la comida podrá ser muy modesta, pero tiene en sí sabor: todo está tan limpio y arreglado, brilla tanto el agua en el vaso, que no deseáis platos más ricos, ó una bebida más apetitosa.

Mirad en otra casa, y veréis bastante profusión, sin gusto ni orden. Los gastos son mayores, y sin embargo allí no os sentís bien. La atmósfera parece que está llena de malestar. Están desparramados aquí y allá los libros, sombreros, pañuelos, y medias para ser zurcidas. Dos ó tres sillas están cargadas de objetos. Las piezas son una soledad. Todo el dinero que se gasta, no cambiará las cosas. Falta el gusto, porque la que gobierna la casa no ha aprendido aún el arte de vivir.

El mismo contraste podéis ver en la vida de cabaña. La suerte de la pobreza está aliviada por el gusto. Escoge la vecindad más sana y abierta, donde el aire es puro y las calles son limpias. Por el umbral bien fregado, y los vidrios sin manchas de las ventanas apareciendo tal vez á través de ellos florecientes rosas y geranios, podéis ver de una ojeada si el que la habita, por pobre que sea, conoce el arte de sacar el mejor partido de su suerte. ¡Cuán diferente de las cabañas de inmundas habitaciones que veis en otras partes, con los niños sucios que juegan en las aceras, las mujeres desaliñadas, holgazanas, mirando desde los antepechos de las ventanas, y el aire de sombría pobreza que parece llenar el lugar! Y sin embargo, el ingreso semanal en el hogar anterior no es quizá mayor, tal vez sea menor, que en la del otro.

¿Cómo es que de dos hombres que trabajan en el mismo campo ó en el mismo taller, el uno es alegre como una alondra, siempre contento, bien vestido, y tan aseado como se lo permite la clase de su trabajo, sale los domingos por la mañana con su mejor traje, para ir á la iglesia con su familia, jamás está sin un penique en el bolsillo, y tiene además algo en el Banco de Ahorros; es aficionado á leer libros y está subscripto á un periódico, además de llevar algún diario literario para lectura de familia; mientras que el otro hombre, con salarios semanales iguales ó hasta mayores, va por las mañanas al trabajo de mal

humor y triste, siempre está regañando, anda mal vestido y mal calzado, nunca se le ve salir de su casa los domingos hasta eso de medio día, cuando aparece en mangas de camisa, sin haberse lavado la cara, ni peinado, con los ojos amodorrados y sanguinolentos; sus hijos andan corriendo libremente por las aceras, sin que á la vista haya quien tenga cuidado de ellos; está siempre sin dinero, excepto el sábado por la noche, y entonces tiene que pagar una larga lista de préstamos; no pertenece á ninguna sociedad, nada ha ahorrado, sino que vive literalmente de manos á boca; nada lee, no piensa, sino que trabaja, come, bebe y duerme? ¿Por qué existe una diferencia tan notable entre estos dos hombres?

Sencillamente por esta razón: que el uno tiene la inteligencia y el arte de extraer goce y felicidad de la existencia, de ser feliz él mismo, y de hacer feliz á aquellos que le rodean, mientras que el otro no ha cultivado su inteligencia, y nada sabe del arte de hacerse feliz á sí mismo ni á su familia. Con el uno, es la vida una escena de amor, de ayuda y de simpatía, de cuidado, de previsión, y de cálculo, de reflexión, de acción y de deber; con el otro no es más que un toco buscar carne y bebida; no se piensa en el deber, está desterrada la reflexión, y á la prudente previsión ni por un momento se la tiene presente.

Pero ved el resultado: el primero es respetado por sus compañeros de trabajo y amado por su familia; es un ejemplo de bienestar y de hacer bien á los demás que están al alcance de su influencia; mientras que el otro es tan irreflexivo y tan desdichado, como se lo permite ser la naturaleza, huyen de él los hombres buenos; su familia tiene miedo del ruido de sus pisadas, temblando quizá su mujer á su aproximación; muere sin dejar tras de sí quien lo sienta, exceptuándose quizá por parte de su familia, que queda para ser mantenida por la caridad pública, ó por la ración distribuída por el administrador.

Por estas razones, bien vale la pena que todo hombre estudie el importante *Arte de vivir feliz*. Hasta el hombre más pobre puede obtener por estos medios un aumento mayor de goce y de dicha en la vida. El mundo no necesita ser *un valle de lá-*

grimas, á no ser que nosotros lo querramos hacer así. En gran parte tenemos el dominio sobre nuestra propia suerte. De todos modos, nuestro espíritu nos pertenece, allí podemos acariciar pensamientos felices; hasta un límite considerable podemos regular y dominar nuestra índole y nuestras disposiciones; nos podemos educar á nosotros mismos, y hacer surgir la parte mejor de nuestra naturaleza, la que en la mayor parte de los hombres se la deja dormir un profundo sueño; podemos leer buenos libros, acariciar pensamientos puros, y llevar vida de paz, de templanza y de virtud, de manera que nos asegure el respeto de los hombres buenos, y transmitir la dicha de un ejemplo digno á nuestros sucesores.

El *arte de vivir* se manifiesta mejor en el hogar doméstico. La primera condición de un hogar feliz en donde prevalecen las buenas influencias sobre las malas, es el *confort*, la comodidad. Donde existen ansiosos cuidados, disposición á quejarse continuamente, desaseo, dejadez y suciedad, no puede haber comodidad ni para el hombre ni para la mujer. El marido que ha estado trabajando todo el día, espera encontrar una compensación por su trabajo. Lo menos que puede hacer su mujer por él, es tenerle á su regreso al caer la tarde, su casa acomodada, limpia y airosa. Esta es la economía más verdadera, la mejor administración de la casa, el manejo doméstico más digno que hace al hogar tan placentero y agradable, que al aproximarse á él siente un hombre que va á entrar en un santuario, y que, cuando está allí, no existe atractivo que pueda sacarle de su casa.

Dicen algunos que adoramos demasiado el *confort*. La palabra es esencialmente inglesa, y se dice que es intraducible en toda su acepción á otro idioma extranjero. Tiene conexión inmediata con el hogar. En los climas más templados se manejan las personas para vivir mucho fuera de casa. Toman el sol en las calles. La mitad de su existencia es en público. El aire las convida á que salgan, y las retiene afuera. Sólo vuelven á sus casas para comer y dormir. Difícilmente se puede decir que *viven* allí.

¡Cuán diferente es entre nosotros! El aire crudo afuera durante tantos meses del año, nos impele á estar dentro. Por eso cultivamos toda clase de placeres en la casa. De ahí la muchedumbre de deliciosas asociaciones que se elevan en el espíritu al pronunciarse la palabra hogar. De ahí el dios de nuestros lares, el *comfort*.

No nos contentamos meramente con un hogar. Tiene que ser *comfortable*. Los más míseros son, en verdad, aquellos que no tienen hogar, ¡los destituidos del hogar doméstico! Pero no menos míseros son aquellos cuyos hogares domésticos no tienen *comfort*, aquellos de quienes dijo una vez Carlos Lamb: "Los hogares domésticos de los muy pobres, no son hogares domésticos." El *comfort* es, pues, lo que constituye el alma del hogar, su principio esencial, su elemento vital.

El *comfort* no significa únicamente calor, buen ajuar, buenos alimentos y bebidas. Significa algo más elevado que esto. Significa aseo, aire puro, orden, frugalidad, en una palabra, economía doméstica y gobierno doméstico. El *comfort* es la tierra en que crece el ser humano, no sólo física, sino moralmente. El *comfort* está en verdad en el fondo de muchas virtudes.

La riqueza no es necesaria para el *comfort*. El lujo requiere fortuna, pero no el *comfort*. La casa del hombre pobre, provista modestamente con lo necesario de la existencia, presidida por una mujer aseada y económica, puede contener todos los elementos de un vivir *comfortable*. La falta de *comfort* procede principalmente, no tanto por la ausencia de recursos suficientes, como por la ausencia del conocimiento requerido de la administración doméstica.

Hay que admitir que el *comfort* es en gran parte *relativo*. Lo que sería bienestar para un hombre pudiera ser miseria para otro. Hasta el mecánico más común de estos días consideraría miserable vivir al estilo de los nobles de hace unos cuantos siglos; dormir sobre camas de paja, y vivir en habitaciones cubiertas con juncos. Guillermo el Conquistador no tenía camisa para su cuerpo ni un vidrio para sus ventanas. La reina

Isabel fué una de las primeras en usar medias de seda. Las reinas anteriores á ella no usaban medias.

El *comfort* depende tanto de las personas como de las cosas. El carácter é índole de aquellos que gobiernan los hogares, es de donde nace el sentimiento del bienestar, mucho más que de un hermoso ajuar, habitaciones calentadas, ó del lujo y arreglo de la casa.

Las personas agradables son de índole bondadosa. Se puede establecer que la buena índole es una condición invariable del *comfort*. Tiene que haber tranquilidad, tolerancia mutua, ayuda mutua, y una disposición para tomar las cosas del mejor modo. "Mejor es una comida de hierbas donde hay amor, que un buey de pesebre y el odio con él."

Las personas agradables son individuos de sentido común, discreción, prudencia y economía. Tienen una afinidad natural por la honradez y la justicia, la bondad y la verdad. No contraen deudas, porque esa es una especie de falta de honestidad. Viven en el límite de sus recursos, y guardan algo para los días malos. Cuidan que se hagan las cosas convenientes en sus casas, y en las ocasiones propias no carecen de hospitalidad y de beneficencia. Y lo que hacen, es hecho sin ostentación.

Las personas agradables hacen todas las cosas con orden. Son sistemáticas, formales, sobrias, industriosas. Se visten cómodamente. Se acomodan á la estación, ni temblando en invierno, ni transpirando en verano. No se afanan por tener una *apariciencia fashionable*. Gastan más en medias de abrigo que en anillos de oro, y prefieren un lecho sano y bueno, á vistosos cortinajes. Sus sillas son sólidas, no son obras de aparato. Resisten el que uno se siente sobre ellas, aunque no estén llenas de ornamentaciones.

La organización del hogar depende en su mayor parte de la mujer. Es necesariamente la administradora de toda familia y de la vida casera. Así pues, ¡cuánto no debe depender de su inteligente cooperación! La vida del hombre gira al rededor de la mujer. Ella es el sol de su sistema social, la reina de la vida

doméstica. El bienestar de cada hogar depende de ella principalmente, de su carácter, de su índole, de su facultad de organización y su manera de administrar los negocios de su casa. Un hombre puede ser económico, pero á no ser que haya economía en su hogar, será comparativamente inútil su frugalidad. *Un hombre no puede ahorrar, dice el proverbio, á menos que su mujer lo deje.*

El ahorro doméstico es muy llano, pero muy benéfico. Aunque desapercibido para el mundo, hace feliz á muchas personas. Ejerce influencia sobre los individuos, y al elevarlos, eleva á la misma sociedad. Es en verdad una receta de infalible eficacia, para otorgar la felicidad mayor posible sobre el mayor número posible. La legislación, la benevolencia, y la filantropía son sin ella meros paliativos, á veces peores que inútiles, porque mantienen esperanzas que en su mayor parte no se realizan.

¡Cuán feliz va un hombre á su trabajo ó á su negocio, y cuán doblemente feliz regresa de él, cuando sabe que sus recursos son cuidadosamente manejados, y aplicados sabiamente por una discreta y buena administradora! Una mujer semejante es, no solamente un poder en su casa, sino que su ejemplo pasa á sus vecinos, y está ante ellos como un modelo y dechado. Los hábitos de sus hijos se forman conforme á los suyos; su misma vida se convierte en un modelo por el cual se amoldan ellos inconscientemente, porque el ejemplo habla siempre más elocuentemente que las palabras: es instrucción en acción, la sabiduría obrando.

La primera cualidad entre todas las que posee la mujer, es el uso inteligente de sus manos y de sus dedos. Todo el mundo sabe cuán útil, cuán indispensable para el bienestar de una familia es la mujer aseada, laboriosa y dispuesta. Pestalozzi, con su habitual sagacidad, ha observado que la mitad de la educación de una mujer viene por medio de sus dedos. Hay sabiduría y virtud en la extremidad de sus dedos. Pero al ahorro debe acompañarlo también la inteligencia: deben marchar unidos. Una mujer debe ser, no solamente hábil con

sus dedos, sino que debe estar en posesión de la facultad de organizar el quehacer de la casa.

Debe haber método. El difunto sir Arturo Helps observó, que: "tal como son educadas ahora las mujeres, son en su mayor parte deficientes en *método*. Pero es indudable que esto podría enmendarse con la enseñanza. Para tomar un ejemplo muy humilde y sencillo. ¿Por qué es siempre mejor un cocinero que una cocinera? Sencillamente porque un hombre es más metódico en sus disposiciones, y confía más en sus pesos y medidas. Un médico eminente me dijo que creía que las mujeres eran absolutamente deficientes en la apreciación del tiempo. Pero yo creo que esto no es más que un efecto de su falta general de exactitud, para lo cual hay fácil remedio: esto es, fácil si se principia suficientemente temprano."

Por consiguiente, para administrar una casa de familia convenientemente, tiene que haber método. Sin esto no se puede hacer bien el trabajo ya sea en las oficinas, en los talleres ó en las casas particulares. Arreglando el trabajo de un modo conveniente, haciendo las cosas á su tiempo, teniendo en vista una economía de labor, se pueden realizar muchos quehaceres. La confusión huye ante el método, y desaparece todo espíritu taciturno. Hay también un método para gastar, para colocar el dinero, que es tan valioso para la mujer casera, como el método de realizar su obra. El dinero se desliza entre los dedos de algunos como el azogue. Ya hemos visto que muchos hombres son pródigos. Pero muchas mujeres son lo mismo. Á lo menos no saben gastar las ganancias de sus esposos con el mejor provecho. Miráis las cosas muy fuera de lugar, escotes y cuellos de encajes y medias mal zurcidas; hermosos sombreros y botines remendados, vestidos de seda y enaguas sucias; mientras que el marido anda por ahí con la ropa destrozada sin tener quizá nada limpio sobre sí.

La laboriosidad es esencial, por supuesto. Esto es el alma de los negocios; pero sin método será menos productora la laboriosidad. La laboriosidad puede aparecer algunas veces como confusión. Pero la mujer metódica y laboriosa hace su

trabajo de un modo tranquilo y formal, sin alboroto, sin ruido, sin levantar nubes de polvo.

La prudencia es otra de las cualidades importantes para el manejo de una casa. La prudencia emana de un juicio cultivado: significa sabiduría práctica. Tiene referencia con la idoneidad, con la propiedad, juzga de la cosa justa que tiene que hacerse, y del modo justo de hacerlo. Calcula los recursos, el orden, el tiempo y el método para hacerlo. La prudencia aprende mucho de la experiencia, avivada por el saber.

La puntualidad es otra de las cualidades eminentes para el manejo de una casa. ¡Cuántos regañíos se evitarían en la vida doméstica, si se pusiera un poquito más de atención á esta virtud! Comidas tarde y almuerzos tarde, *demasiado tarde*, para la iglesia y el mercado, *hacer la limpieza* fuera de tiempo, y los *lavados* prolongados hasta media noche, — las cuentas postergadas con un *vuelva usted mañana*, — empeños y compromisos no cumplidos. ¡Qué hueste de pequeñas molestias se agolpan al espíritu, al solo pensamiento de una mujer de casa que no es puntual! La mujer falta de puntualidad, al igual del hombre se hace antipática, porque gasta nuestro tiempo, se interpone en nuestros planes, causa sentimientos enfadosos, y de hecho nos dice que no somos de suficiente importancia para hacer que ella sea más puntual. Para el hombre de negocios es dinero el tiempo, y para la mujer de negocios lo es más, es la tranquilidad, el bienestar y la prosperidad domésticas.

La perseverancia es otro de los hábitos buenos para el manejo de una casa. Estableced un buen plan, y manteneos en él. No os dejéis desviar de él sin suficientes motivos. Seguidlo fiel y diligentemente, y dará frutos en la estación debida. Si el plan es prudente, basado sobre una sabiduría práctica, gravitarán hacia él todas las cosas, y una dependencia mutua se establecerá gradualmente entre todos los miembros del sistema doméstico.

Podríamos presentar numerosos ejemplos prácticos de la verdad de estas observaciones, pero nuestro espacio ya está

casi lleno, y debemos dejar que el lector los supla con los que le sugiera su propia experiencia.

Hay muchos otros ejemplos que se podrían aducir, sobre el arte de hacer feliz la vida. La dirección del genio ó temperamento es un arte lleno de resultados benéficos. Por medio de la bondad, la alegría, y la indulgencia podemos ser felices casi á voluntad, y al mismo tiempo derramar la dicha en torno nuestro. Podemos estimular los pensamientos de felicidad en nosotros y en los demás. Podemos ser sobrios en los hábitos. ¿Qué pueden pensar una esposa y sus hijos, de un esposo y padre que no sea sobrio? Podemos ser templados en el lenguaje, y evitar las palabras violentas y obscenas, la más inútil, insignificante y brutal de las vulgaridades. Nada puede ser tan necio, por no decir chocante, repulsivo, y pecaminoso, como los juramentos en boca de los que siempre juran y votan. Son profanaciones sin objeto alguno, impiedades sin provocación, blasfemias sin disculpa.

Esto nos conduce de paso á la observación de que en este país no estamos suficientemente instruidos en el arte de las buenas maneras. Somos más bien impolíticos, y algunas veces inaccesibles. Las maneras no *hacen* al hombre, como lo dice el proverbio; pero las maneras hacen al hombre mucho más agradable. Un hombre puede ser noble de corazón, fiel en sus tratos, virtuoso en su conducta, y con todo ser descortés. La dulzura de la índole y la gentilidad de las maneras dan el pulimento al verdadero caballero.

Por buenas maneras no entendemos la etiqueta. Ésta no es más que una colección de reglas convencionales adoptadas por lo que se llama *buen sociedad*; y muchas de las reglas de la etiqueta son de la esencia de la descortesía. La etiqueta no permite á personas de posición social que reconozcan en la calle á un hombre que lleve un pobre traje desaliñado aunque sea su mismo hermano. La etiqueta es mentirosa en su *no está en casa* que se le ordena á los sirvientes para las visitas en momentos inoportunos.

Las buenas maneras incluyen muchos requisitos; pero

consisten principalmente en política, cortesía, y amabilidad. No pueden ser encadenadas por reglas, pero pueden ser enseñadas por el ejemplo. Se ha dicho que la política es el arte de mostrar á los hombres, por medio de signos exteriores, la consideración interior que tenemos por ellos. Pero un hombre puede ser perfectamente político hacia otro, sin que tenga necesariamente ninguna consideración por él. Las buenas maneras no son ni más ni menos que la buena conducta. Se ha dicho que "una bella forma es mejor que un bello rostro, y que una conducta bella es mejor que una forma bella; causa un placer más elevado que las estatuas ó los cuadros; es la más bella de las bellas artes."

Las maneras son los adornos de la acción; en verdad una buena acción hecha sin buenos modos, carece de la mitad de su valor. Un infeliz cae en dificultades, y pide ayuda de un amigo. La obtiene, pero es con un: *Ahí está* — tomad eso, pero no me gusta prestar. La ayuda es dada con una especie de puntapié, y difícilmente se la acepta como un favor. La manera de dar irrita por mucho tiempo el ánimo del que acepta. Por eso es que las buenas maneras quieren significar maneras bondadosas y afables, — siendo la benevolencia el elemento preponderante en toda clase de agradables relaciones entre los seres humanos.

Se refiere una historia de un pobre soldado que penetró un día en la tienda de un peluquero, que estaba ocupado con sus clientes, y pidió un socorro, diciendo que se había quedado más tiempo del concedido por su licencia, y á no ser que pudiera conseguir montar en una diligencia, le esperaban el cansancio y un castigo severo. El peluquero escuchó respetuosamente su relato y le dió una guinea. "¡Que Dios os bendiga, señor! exclamó el soldado, sorprendido de la cantidad. ¿Cómo podré devolvéroslo? No tengo en el mundo más que esto dijo sacando de su bolsillo un pedazo de papel sucio: es una receta para hacer betún; es el mejor que se haya visto; por ella he tenido muchas medias guineas de los oficiales, y he vendido muchas botellas; deseo que podáis sacar algo de

ella, para recompensaros de vuestra bondad para con el pobre soldado." ¡Cosa singular! ese pedazo de papel sucio se convirtió en medio millón de libras esterlinas para el peluquero. Era nada menos que la receta para el célebre betún *Day y Martin*; siendo el peluquero el difunto millonario Mr. Day, cuya fábrica es una de las cosas notables de la metrópoli.

Á las buenas maneras se las ha supuesto ser signo peculiar de buena educación, y que el individuo que las exhibe ha nacido en alguna clase superior de la sociedad. Pero las clases más pobres pueden exhibir buenas maneras, una hacia otra, lo mismo que las más ricas. Uno puede ser atento para con los demás, sin tener un penique en el bolsillo. La cortesía va muy lejos; sin embargo, nada cuesta. Es la más barata de las comodidades. Pero necesitamos que se nos enseñen las buenas maneras lo mismo que cualquiera otra cosa. Algunas naturalezas afortunadas han nacido con las maneras. Pero la masa de los hombres necesita que se les enseñen las maneras, y esto sólo puede hacerse eficazmente en la juventud.

Hemos dicho que los operarios podrían estudiar buenas maneras con provecho. ¿Por qué no habrán de respetarse á sí mismo y á los demás? Es por su comportamiento mutuo, en otras palabras, por sus maneras, como se manifiestan el respeto propio y el respeto mutuo. Nos ha llamado la atención la cortesía habitual hasta de las clases más pobres del Continente. El operario se quita la gorra y saluda respetuosamente á su compañero operario al pasar. No hay sacrificio de virilidad en esto, sino más bien gracia y dignidad. El operario se respeta á sí mismo y á su clase al respetar á su compañero. Hay bondad en la acción de reconocimiento, lo mismo que en la manera en que es manifestada.

Podríamos aprender mucho del pueblo francés en esta materia, no solamente son políticos mutuamente, sino que tienen un respeto mayor por la propiedad. Algunos estarán dispuestos á dudar de esto, después de la reciente destrucción de los edificios en París. Pero los Comunalistas deben ser considerados como personas completamente excepcionales; y para compren-

der el carácter francés, tenemos que ver al conjunto de la población diseminada por toda Francia. Allí encontramos que la propiedad es mucho más respetada por el pueblo que entre nosotros. Hasta el pordiosero respeta la fruta que está al lado del camino, aunque no haya nadie para protegerla. La razón es esta, que Francia es una nación de pequeños propietarios, que la propiedad está mucho más repartida y al descubierto, y los padres, hasta de la clase más baja, educan á sus hijos en el cuidado y extremo respeto por la propiedad ajena.

Este respeto por la propiedad está acompañado también del respeto por los sentimientos de los demás, lo cual constituye lo que se llama buenas maneras. Esto es inculcado cuidadosamente en los niños de todos los rangos en Francia. Rara vez son groseros. Son atentos con los extranjeros. Son corteses entre ellos. En sus *Notas de un viajero*, hace Mr. Laing estas observaciones: "Esta deferencia por los sentimientos de otros en todo lo que hacemos, es un hábito moral de gran valor cuando está difundido en la generalidad, y entra en la enseñanza casera de cada familia. Es una educación en la moral tanto para el padre como para el niño, llevada á cabo por medio de las maneras exteriores... Es un bello distintivo del carácter nacional francés, y de economía social, que la moralidad práctica es generalmente más enseñada por medio de las maneras, entre el pueblo y por ellos mismos, que en ningún otro país de Europa (1)."

El mismo sentimiento de amabilidad podrá observarse en las relaciones sociales de los operarios entre sí. No hay un momento de su vida en que no ocurra la oportunidad de exhibir buenas maneras en el taller, en la calle, y en su casa. Con tal que haya un deseo de agradar á otros con miradas y modos bondadosos, se formará muy pronto el hábito de unir las buenas maneras en todos los actos. No es meramente el placer que un hombre causa á otros con ser amable: él mismo recibe diez veces más placer. El hombre que se levanta y ofrece su silla á

(1) Samuel Laing, *Notas de un viajero sobre el estado político de Francia, Prusia, Suiza, Italia, y otras partes de Europa*, p. 55.

una mujer ó á un anciano — por trivial que pueda parecer este acto, es recompensado por su propio corazón, y un estremecimiento de placer le recorre en el momento que ha ejecutado la acción bondadosa.

Los operarios tienen más necesidad de practicar las buenas maneras entre sí, porque están en la necesidad de vivir constantemente unos con otros. Están en contacto constante con sus compañeros de trabajo, mientras que las clases ricas no necesitan mezclarse con los hombres á no ser que así lo quieran, y entonces pueden escoger á los que quieran. La felicidad del operario depende mucho más de las bondadosas miradas, palabras y acciones de aquellos que están inmediatamente á su alrededor, que lo que las necesita el hombre rico. Así sucede en el taller, y lo mismo ocurre en el hogar doméstico. Allí no puede retirarse el operario al estudio, sino que tiene que estar entre su familia, al lado de su mujer, con sus hijos en torno suyo. Y tiene que vivir amigablemente con ellos, cumpliendo actos bondadosos y complacientes hacia su familia; ó tiene que ver, soportar y sufrir la desventura intolerable de la recíproca falta de amabilidad.

Admitiendo que haya dificultades para que un operario cultive el arte de las buenas maneras porque sus medios son á menudo muy limitados, y desfavorable su posición, con todo, ningún hombre es tan pobre que no pueda ser cortés y amable, si le place; y ser cortés y amable es la esencia misma de las buenas maneras. Hasta en las circunstancias más adversas puede un hombre tratar de hacer lo mejor. Si lo hace, si habla y obra cortés y amablemente á todos, será tan satisfactorio el resultado, tal recompensa sentirá de sí mismo que no podrá menos de ser estimulado para perseverar en el mismo camino. Difundirá el placer en torno suyo, en el hogar doméstico, hará amigos de sus compañeros de trabajo, y será mirado con mayor amabilidad y respeto por todo patrón de espíritu recto. El operario civil ejercerá mayor influencia entre su clase, y los inducirá generalmente á imitarle gracias á su persistente consistencia, cortesía, y amabilidad. De ese modo

fué como Benjamín Franklin reformó los hábitos de todo un taller, no siendo más que uno de tantos operarios.

Después, además del placer general que nace del ejercicio de las buenas maneras, hay muchísimo placer sano é inocente que puede sacarse de diversiones de varias clases. No se puede estar trabajando, comiendo, y durmiendo siempre. Es preciso tiempo para la distracción, tiempo para los placeres mentales, tiempo para el ejercicio corporal.

Hay un profundo sentido en la palabra diversión, mucho más de lo que creen las gentes. En verdad, la diversión es una parte importante de la educación. Es un error suponer que el niño ó el hombre que juega en algún juego fuera de casa está desperdiciando su tiempo. Cualquiera clase de diversión no es desperdiciar el tiempo, sino economizar la vida.

Distraeos y haced ejercicio frecuentemente, si queréis gozar de buena salud. Si no os distraéis, y no hacéis ejercicio, aparecerán muy pronto los resultados en indisposiciones físicas que siempre acompañan á las ocupaciones sedentarias. " Los estudiantes, dice lord Derby, que creen que no tienen tiempo para ejercicios corporales, encontrarán más tarde ó más temprano tiempo para la enfermedad. "

Hay personas en el mundo que si pudieran le pondrían un crespón negro al firmamento, echarían una mortaja sobre el seno hermoso y vivificador del planeta, sacarían las brillantes estrellas del cielo, velarían el sol con nubes, arrancarían la plateada luna de su lugar en el firmamento, cerrarían nuestros jardines y campiñas, y todas las flores con que están cubiertos, y sumergirían al mundo en una atmósfera lóbrega y tétrica. En esto no hay razón ni moralidad, y menos aun religión.

Un Creador benévolo ha dotado al hombre de una capacidad eminente para la fruición, lo ha colocado en un mundo bello y agradable, lo ha rodeado de cosas buenas y hermosas, y le ha dado una disposición para amar, para simpatizar, para ayudar, para producir, para gozar, y de ese modo ser un individuo honrado y feliz, elevando la obra de Dios hacia la

perfección y disfrutando de la creación divina en cuyo centro vive.

Haced feliz á un hombre, y sus actos serán también felices; hundidle en melancólicos pensamientos y en circunstancias miserables, y lo haréis triste, descontento, sombrío, y probablemente vicioso. De ahí que se encuentre invariablemente la bajeza y el crimen entre aquellos que jamás han sido acostumbrados á ser alegres, cuyos corazones fueron cerrados á las influencias purificadoras de una comunión feliz con la naturaleza, ó de un trato ilustrado y lleno de ánimo con los hombres.

El hombre tiene un fuerte apetito natural para la distracción y la diversión, y como todos los demás apetitos naturales, ha sido implantado con un sabio propósito. No puede ser reprimido, y se manifestará en una forma ú otra. Todo intento bien dirigido para promover una inocente diversión, vale una docena de sermones contra los perniciosos. Si no proporcionamos la oportunidad de disfrutar sanos placeres, es seguro que los hombres encontrarán para ellos algunos viciosos. Sydney Smith dijo con verdad: *Para atacar el vicio en éxito, debemos poner algo mejor en su lugar.*

Los reformadores de la Templanza no han considerado suficientemente cuánto los hábitos de la bebida en el país, no son más que las consecuencias de gustos groseros, y de las muy limitadas oportunidades que existen en este país para conseguir acceso á las diversiones de tendencia inocente y de mejoramiento individual. Los gustos de los operarios ha sido permitido que queden incultos; las necesidades del momento preocupan su pensamiento; el goce de sus apetitos es su mayor placer, y cuando se distrae, es para gustar inmoderadamente de la cerveza ó del whisky. Hubo una época en que los alemanes eran la nación más borracha; ahora es una de las más sobrias. *Tan borracho como un patán alemán*, era un proverbio común. ¿Cómo han sido apartados del vicio de la bebida? Principalmente por la educación y por la música.

La música tiene un efecto sumamente humanizador. El

cultivo del arte tiene una influencia favorabilísima sobre la moral pública. Proporciona una fuente de placer en cada familia. Da al hogar doméstico otro atractivo. Hace más agradable el trato social. El padre Mathew hacía seguir á su predicación en favor de la Templanza de un movimiento en favor del canto. Promovió el establecimiento de sociedades musicales en toda Irlanda : porque sentía que como les había gustado el whisky á los individuos, debía darles en su lugar un estimulante sano. Les dió música. Se establecieron clases de canto, para cultivar el gusto, suavizar los modales y humanizar la masa del pueblo irlandés. Pero tememos que el ejemplo dado por el padre Mathew haya sido ya olvidado.

“ ¡ Qué abundancia de goces, dice Channing, ha puesto á nuestro alcance nuestro Creador, al envolvernos en una atmósfera á la que se le puede dar forma en sonidos agradables! Y sin embargo, esta bondad está casi perdida para nosotros, por la falta de cultura del órgano por el cual debe ser disfrutado ese presente. ”

¡ Cuánto no nos mejoraría como pueblo el cultivo general del don de la música! Los niños debieran aprenderla en las escuelas, como lo hacen en Alemania. La voz de la música sería oída entonces en todas las casas de familia. Nuestras antiguas cantatas inglesas ya no serían olvidadas. Los hombres y las mujeres podrían cantar en los intervalos de su trabajo, como hacen los alemanes al ir y regresar de sus guerras. El trabajo no sería peor hecho, porque se le hiciera en medio de la música y del contento. El aliento de la sociedad se suavizaría, y el placer se uniría al trabajo.

¿ Por qué no tener alguna elegancia hasta en el más modesto hogar doméstico? Debemos tener aseo, por supuesto, porque es la elegancia especial de los pobres. Pero ¿ por qué no tener objetos agradables y encantadores á los cuales poder mirar? No hay razón para que las clases más humildes no deban rodearse de las manifestaciones de la belleza y del bienestar bajo todas sus formas, y de ese modo rendir homenaje igualmente á los dones de Dios y al trabajo de los hombres. El

gusto por lo bello es una de las dotes mayores y más útiles. Es uno de los servidores de la civilización. La belleza y la elegancia no pertenecen necesariamente á los hogares de los ricos. Están ó debieran estar en todas partes. La belleza en todas las cosas, en la naturaleza, en el arte, en la ciencia, en la literatura, en la vida social y doméstica.

¡ Cuán bellas, y cuán baratas son las flores! No las exóticas, sino las llamadas flores comunes. Una rosa, por ejemplo, es una de las más bellas sonrisas de la naturaleza. ¡ Las sonrientes flores! exclama el poeta. Pero hay algo más que alegría en las frescas flores, aunque se necesita ser un sabio para ver la belleza, el amor y el encanto de que están llenas.

¿ Qué pensaríamos de aquel que hubiera inventado flores, suponiendo que, antes que él, hubieran sido desconocidas las flores? ¿ No sería considerado como descubridor de un paraíso, de una nueva delicia? ¿ no vitoriaríamos al inventor como á un genio, como á un Dios? Y sin embargo, estos productos hermosos de la tierra, han estado hablando al hombre, desde el primer albor de su existencia hasta ahora, haciéndole presente la bondad y la sabiduría del Poder Creador, que ordenaba á la tierra que produjera no solamente aquello que es útil como alimento, sino también las flores, las brillantes y perfectas flores, para vestirla de belleza y de alegría.

Traed á vuestra casa una de las flores del campo más comunes, colocadla sobre la mesa ó en el delantero de la chimenea, y parece que hubierais traído un rayo de sol á la habitación. Hay alegría en torno de las flores. ¡ Qué encanto son para el enfermo desfalleciente! Son como refrigerantes ráfagas de contento, que vienen como mensajeras del campo, y parecen decir : *Ven y mira el sitio en que crecemos, y que se alegre tu corazón al vernos.*

¿ Qué puede haber más inocente que las flores? Son como criaturas inmaculadas de pecado. Son emblemas de pureza y de verdad, fuente de nuevos deleites para los puros é inocentes. El corazón que no ama las flores, ó la voz de una criatura juguetona, no puede tener alegría. Fué una bella concepción

la que inventó un lenguaje de las flores, por el cual pudieran los amantes expresar los sentimientos que no se atrevían á manifestar abiertamente. Las flores tienen una voz para todos, viejos y jóvenes, ricos y pobres. *Para mí*, dice Wordsworth,

« La más modesta de las flores puede crear pensamientos que á veces están demasiado hondos para las lágrimas » (1).

¡Tened una flor en vuestra habitación, sin falta! Sólo costará un penique si es moderada vuestra ambición; y el goce que causa no tendrá precio. Si podéis tener una flor para vuestra ventana, tanto mejor. ¿Qué puede ser más delicioso que la luz del sol penetrando á raudales por entre las flores, á través de fucsias coloradas y geranios rojos? Dirigir la mirada hacia el espacio á través de flores, ¿no es eso la poesía? ¿Y quebrar la fuerza de los rayos del sol con la tierna resistencia de las verdes hojas? Si podéis hacer crecer un nasturcio en torno de la ventana, ó algunas enredaderas, entonces tendréis el más hermoso marco que podáis inventar para la pintura de afuera, ya sea este el ocupado gentío, ó un paisaje lejano, ó árboles con sus luces y sombras, ó el cambio de las nubes que pasan. Cualquiera puede ver así á través de las flores por el valor de una antigua cantata. ¡Y qué gusto tan puro, y cuánta cultura no manifiesta por parte del cultivador!

Una flor en la ventana perfuma el aire, hace que la habitación tenga un aspecto más gracioso, da nuevo encanto á la luz del sol, alegra la mirada, y enlaza la naturaleza con la hermosura. La flor es una compañera que jamás dirá una cosa desagradable á nadie, sino que siempre será bella y sonriente. No la despreciéis porque sea barata, y porque todos puedan tener ese lujo al igual vuestro. Las cosas comunes son baratas, pero las cosas comunes son invariablemente las más valiosas. ¡Si sólo pudiéramos obtener comprándolo el aire fresco y la luz del sol, cuán lujosos se les consideraría! pero son acce-

(1)

*The meanest flower that blows can give
Thoughts that do often lie too deep for tears.*

sibles para todos, y poca importancia damos á sus beneficios.

Hay, en verdad, mucho en la naturaleza de que no gozamos ni en su mitad, porque cerramos nuestros senderos de sensación y de sentimiento. Nos damos por satisfechos con la materialidad del hecho, y no buscamos el espíritu del hecho, que está más arriba. Si abriésemos nuestros espíritus á la fruición, encontraríamos tranquilos placeres esparcidos en torno nuestro. Podríamos vivir con los ángeles que nos visitan en cada rayo de la luz del sol, y sentarnos con las hadas que vuelan sobre cada flor. Necesitamos más conocimiento amoroso que nos permita gozar de la vida, y necesitamos cultivar el arte de sacar el mejor partido de los medios y recursos comunes para disfrutar de lo que por todas partes está en torno nuestro.

Un hogar doméstico cómodo y aseado, poco importa que sea pequeño, con tal que sea sano, que tenga ventanas por las que el sol pueda penetrar alegremente, unos pocos libros buenos (¿y quién necesita estar sin algunos buenos libros en estos tiempos de baratura universal?), sin acreedor que llame á la puerta, la despensa bien provista, y una flor en vuestra habitación. No hay nadie tan pobre que no pueda tener consigo estos elementos de goce.

¿Pero por qué no tener además de la belleza de la naturaleza, un gusto por la belleza artística? ¿Por qué no colgar un cuadro en la habitación? Han sido descubiertos métodos ingeniosos, — algunos de ellos muy recientes — para multiplicar las obras de arte, por medio de los grabados en madera, litografías, fotografías y autotipias, que hacen posible que toda persona pueda colocar en su casa bellos cuadros. La habilidad y la ciencia han puesto así el arte al alcance de los más pobres.

Toda pintura, impreso ó grabado que representa un pensamiento noble, que describe una acción heroica, ó que trae un retacillo de naturaleza de los campos ó de las calles á nuestras casas, es un maestro, un medio de educación y una ayuda de la cultura propia. Sirve para hacer al hogar más agradable y atractivo. Endulza la vida doméstica, y extiende sobre ella gracia y belleza. Quita al mirón por meras consideraciones de

sí mismo, y aumenta su caudal de deliciosas asociaciones con el mundo exterior, lo mismo que con el mundo interior.

El retrato de un grande hombre, por ejemplo, nos ayuda á leer su vida. Le reviste de un interés personal. Mirando sus facciones, nos parece que le conocemos mejor, y como si estuviéramos más íntimamente relacionados con él. Un retrato semejante, colgado delante de nosotros diariamente, durante nuestras comidas y nuestras horas de recreo, sirve inconscientemente para elevarnos y sostenernos. Es un eslabón que en cierto modo nos une á una naturaleza más elevada y más noble.

Refiérese de un usurero católico que cuando iba á estafar, tenía la costumbre de correr un velo sobre el rostro de su santo favorito (1). Así es cómo el retrato de un hombre grande y virtuoso puede en cierto modo ser un compañero de algo mejor que nosotros mismos; y aunque no llegemos al dechado del héroe, podemos ser influidos hasta cierto punto por su imagen.

No es necesario que un cuadro sea de mucho valor para que pueda ser bello y bueno. Hemos visto cosas por las que se han pagado centenares de guineas que no tienen la centésima parte del sentido ó de la belleza que se encuentra en el grabado de madera de la Madonna de Rafael, hecho por Linton, que puede obtenerse por dos peniques. La cabeza le recuerda á uno la observación que hizo Hazlitt sobre una pintura, que parece que fuera imposible poder cometerse una acción impropia en su presencia. Encierra las ideas del amor de madre, de belleza femenina y piedad fervorosa. Como alguien dijo al hablar del cuadro: "Parece que un pedazo del cielo ha penetrado en la habitación."

Los apasionados por los cuadros no pagan tanto el mérito como la antigüedad y la rareza de las obras. El más pobre podrá tener el don de saber apreciar la belleza, mientras que el hombre rico carezca quizá de él. El grabado más barato puede

(1) Para correr ese velo no es de precisa necesidad ser católico, porque lo mismo nacen los usureros judíos y protestantes (*N. del T.*).

comunicar el sentido de la belleza al artesano, mientras que la pintura del valor de mil guineas puede no comunicar cosa alguna al millonario, — exceptuándose quizá la idea de que posee una obra que los medios de otras personas no les permiten tener.

¿Os causa placer la vista del cuadro? Esa es la mejor prueba de su mérito. Podréis llegar á cansaros de él; vuestro gusto podrá superarlo después y pedir algo mejor, lo mismo que el lector puede crecer de la poesía de Montgomery y pasar á la de Milton. Entonces descolgaréis la pintura, y pondréis en su lugar un cuadro que sea algo mejor. De ese modo podrá llegar á haber un constante progreso en las paredes de la habitación. Si las pinturas pueden ser colocadas en marcos, tanto mejor; pero si no se puede, no importa; ¡arriba con ellas! Sabemos muy bien que Owen Jones dice que no es de buen gusto colgar impresos en las paredes—él quisiera que no se colgase sino el papel de empapelar las piezas. Pero Owen Jones puede ser muy bien que no sea infalible, y en esto creemos que no tiene razón. Á nuestro juicio siempre nos parece que carece de muebles una pieza, si no hay pinturas en las paredes, por costosas y numerosas que sean las mesas, las sillas y las otomanas.

Debiera ser, y no dudamos que es un gran estímulo para los artistas, saber que sus obras son distribuidas ahora en impresos y grabados, para decorar y embellecer los hogares del pueblo. El grabador en madera, el litógrafo, y el grabador en acero, son los intérpretes populares del gran artista. Así es como los cuadros de Turner no están limitados á los ricos poseedores de las obras originales, sino que pueden ser difundidos por todas las casas, gracias á los Millars Brandard, y Wilmott, que los han grabado; de esa manera tiene entrada Landseer en toda habitación por medio de los grabados en madera y los medias tintas. De ese modo predica Cruikshank la templanza, y Ary Scheffer la pureza y la piedad. El grabador es el *medium* por el cual el arte del palacio es llevado á lo más humildes hogares del reino.

El arte de vivir puede ser manifestado de muchos modos. Puede ser resumido en las siguientes palabras: Sacad el mejor partido de todo. Nada está fuera de su cuidado; hasta las cosas comunes y pequeñas aprovecha. Da brillantez y gracia al hogar, y viste á la naturaleza con nuevos encantos. Por su medio disfrutamos de los bosques y parques de los hombres ricos como si fueran nuestros. Aspiramos el aire común, y nos calentamos á los rayos del sol universal. Gozamos con la vista de la verde naturaleza, de las nubes que pasan y de las flores. Amamos la tierra común, y oímos alegres voces por todo el espacio. Se extiende á toda clase de relaciones sociales. Engendra buena voluntad, placentera y amorosa sinceridad. Con su auxilio hacemos felices á otros, y dichosos á nosotros mismos. Elevamos nuestro ser y ennoblecemos nuestra suerte. Nos elevamos sobre las criaturas de la tierra, y aspiramos hacia lo Infinito. Y de ese modo enlazamos el tiempo á la eternidad, donde el verdadero arte de vivir tiene su consumación final.

ÍNDICE ALFABÉTICO.

- A**
- Aberdare (Lord)**, sobre las pérdidas por las huelgas, 101.
- Adelanto (el)**, de uno mismo es el adelanto de la sociedad, 95.
- Aglomeración excesiva (la)**, 315.
- Ahorro (origen y definición del)**, 1; un principio adquirido, 8; proporciona el capital, 10; está al alcance de todos, 11; de tiempo, 12; necesita sentido común, 13; necesita un principio, 14; es un deber, 14; en la juventud, 18; es práctico, 19; dignidad del, 20; en Guernsey, 36; objeto del, 67; es orden, 68; de las clases superiores, 69; reglas para el, 90; límites del, 91; es una dignidad y una satisfacción, 94; es conservador, 108, 109; y las sociedades constructoras, 109; de los Franceses y los Belgas, 115; de los soldados rasos, 134, 136; lecciones en el, 146, 147; de grandes generales, 191; de operarios Franceses, 228; conduce á la caridad, 282.
- Aiton (Dr.)**, un ejemplo de economía, 69.
- Akroyd (Eduardo)**, funda la Sociedad Previsora y el Banco de Ahorros de Peniques, 119, 120; y sus operarios, 197, 198; y los Bancos de Peniques, 198, 199.
- Ambición (la)**, su ventaja, 97.
- Amigas (las sociedades)**, 115; defectos de, 116, 119, 120; modo de obrar de, 117; objeciones á, 117, 118; mejoramiento de, 121.
- Aritmética**, es necesaria para la economía doméstica, 246.
- Aseo (el)**, tiene que ser enseñado, 336.
- Ashburton (Lord)**, sobre economía doméstica, 339.
- Ashworth (los Señores)**, y sus operarios, 186, 187.
- Autor (la madre del)**, ejemplo de economía, 70.
- Avaricia**, difiere de la economía, 93.
- Ayuda-propia**, significa respeto propio, 23, 24.
- B**
- Bacon**, sobre los límites de la economía, 92; su imprevisión, 261.
- Bancos de Ahorros**, 124; el primer, 128; en Ruthven, 128, 130; usado por sirvientes domésticos, 131; mas usados donde los salarios son menores, 131; usado por los soldados, 131; militares, 133, 134; en Bilston, 136, 137; de Peniques, 139, 145; escolares, 147; aumento de, 147; del Correo, 149, 151, 156, 158; estadística de los, 158.
- Baxendale (José)**, 172; sobre puntualidad, 173; y Pickford y Cía, 173; y ferrocarriles, 175; sus máximas, 176, 178.
- Bebidas (dinero gastado en)**, 53, 102 (nota); el Gran Pecado, 62; y los hogares insalubres, 321, 323.
- Bewick (el grabador)**, 75.
- Bilston (Banco de Ahorros de)**, 136, 137.
- Brassey (J.)**, sobre los operarios ingleses, 227, 228.
- Brewster (D.)**, sobre educación, 63, 64.
- Briggs é hijos**, y cooperación, 215.
- Bright (Juan)**, sobre los salarios de las clases trabajadoras, 125.
- Bruto y la usura**, 291, 292.
- Buchau (el Conde de)**, un ejemplo de economía, 69.
- Burnley (Sociedad edificadora en)**, 110.
- Burns y las deudas**, 274.
- Byron y las deudas**, 272.
- C**
- Campbell (Dr.)**, el misionero, 75.
- Canova (humilde origen de)**, 82.